

CUANDO CRUCÉ por primera vez la puerta de El Colegio de México a inicios de 1961 bajo la mirada reprobatoria de su presidente, Daniel Cosío Villegas —él suponía que yo llegaba tarde y yo suponía lo contrario—, no imaginé que ésa sería mi casa institucional por varios decenios. Cuando finalmente, en 1970, me di cuenta de que mi estancia ahí sería de larga duración, no pensé que muy pronto tendría que buscar un nuevo domicilio personal, pues en unos cuantos años —en 1976— el domicilio institucional ya no estaría en la calle de Guanajuato, entre Orizaba y Jalapa, en la colonia Roma, en la Ciudad de México, es decir, a un par de cuadras del pequeño departamento que había alquilado cuatro años antes. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me enteré de que El Colegio se mudaría no a un sitio dentro del mismo vecindario, como había sucedido desde su fundación en 1940, sino al sur profundo, al lejano y, para mí, desconocido Pedregal de Padierna, del que entonces yo sólo sabía que había sido escenario de un enfrentamiento entre los ejércitos de México y Estados Unidos 129 años atrás.

Hasta poco antes de “el gran cambio”, el edificio de Guanajuato 125 me parecía adecuado para los fines de El Colegio de México: la investigación y la preparación de pequeños grupos de estudiantes. Esa primera casa propia de El Colegio me parecía funcional y sólida —en eso también me falló mi percepción, pues durante el sismo de 1985 se derrumbaría parcialmente— y no me percaté de que su estilo moderno pero convencional,